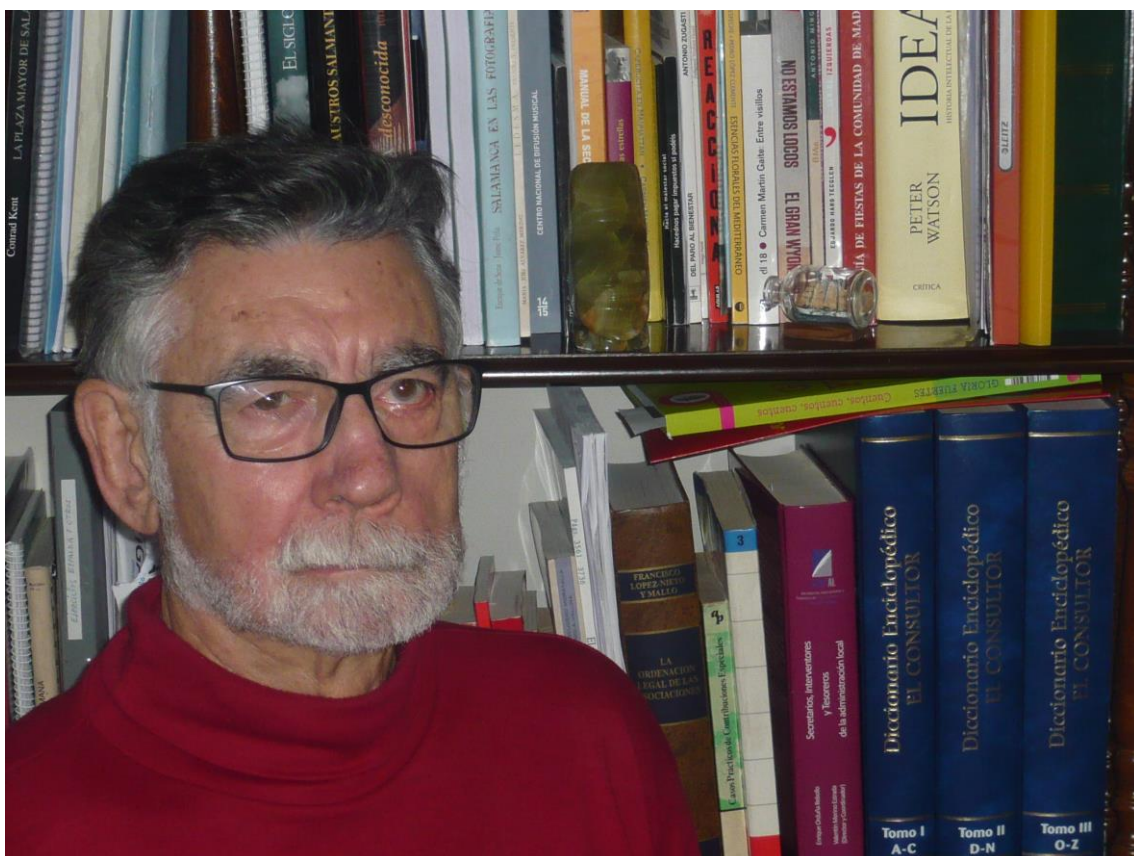


SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA GARCÍA RAMOS



Una noche oscura y fría del 28 de noviembre de 1938, nací en un pequeñísimo pueblo salmantino, Yecla de Yeltes, entre Vitigudino, cabeza de comarca y Villavieja de Yeltes. No sé por qué utilizo el término “nací”, como si hubiera sido voluntad mía. En verdad estoy seguro que fue voluntad de mis padres, que por cierto en ese momento estaban lejos el uno del otro. Mi madre fue a dar a luz junto a la suya a su pueblo de nacimiento ya que mi padre fue alistado en el bando rebelde de Franco y naturalmente Dios sabe dónde se encontraba. Ya vivían antes de la guerra en Salamanca, pues ellos y mis dos tíos habían abandonado el pueblo poco antes. Mis abuelos maternos no eran precisamente ricos, ni siquiera tenían tierras, salvo una pequeñísima huerta y el abuelo paterno era artesano zapatero, de forma que pensaron abrirse camino en la ciudad. Y de alguna manera lo consiguieron con el tiempo. Por su parte mis padres criaron a tres chicos y dos chicas con mucho trabajo, como es de suponer.

Desde entonces, han transcurrido nada menos que 76 años, eso sí, a velocidades supersónicas. Entre aquel momento y éste han sucedido muchas cosas, francamente interesantes para mi e

indiferentes para casi todo el mundo. Trataré de señalar los avatares que me parecen más significativos.

Viví y estude en Salamanca, hasta los veintiséis años, primero estudié en los Salesianos y después en la Universidad. De los salesianos recuerdo su obsesión por el trabajo o sea el estudio y por el deporte. Ambas cosas me gustaban y las trabajé, junto con la difícil aceptación de una parálisis facial que me aquejó a los diez años y deformó mi rostro, en aquella época de posguerra sin remedio. Al terminar el bachiller, dudé durante un tiempo si estudiar Historia en la Facultad de Letras o Derecho. Esta opción triunfó finalmente. Tuve la fortuna de estudiar con dos catedráticos que me formaron en valores democráticos y cristianos: D. Enrique Tierno Galván y D. Joaquín Ruiz Jiménez. Primer encontronazo con la policía, ambos era muy sospechosos para el régimen, aunque Tierno mucho más.

Al terminar estos estudios, diversos problemas familiares muy agudos de mi padre, de salud, económicos incluso tecnológicos (la modificación de los hornos de leña por los eléctricos, ya que mi padre se ganaba la vida haciendo carbón vegetal y leña de encina), interrumpieron mi preparación en las oposiciones a Secretarios de Ayuntamiento, aunque finalmente pude examinarme y aprobarlas al segundo intento. Me gustaba la función del Secretario, pues pensaba que la dedicación al servicio público podía ser una tarea ilusionante y necesaria (sigo pensándolo, aunque ya no se lleve). Mi padre enfermó de cáncer y al cabo de cinco años murió, llevándose casi prácticamente la llave de la despensa. Eso ya fue en 1968. Para entonces yo ejercía mi trabajo en Mairena del Alcor y ya había venido al mundo mi hija Margarita. Mucho después, la enfermedad de Alzheimer acabo derrotando a mi madre, cuando ya contaba 96 años. De la etapa de trabajo en Alcalá de Guadaira, recordaré como curioso el hecho de que mi párroco me sugirió dar una charla en la iglesia sobre la "**Gaudium et Spes**". Todo fue muy bien, pero al día siguiente fui citado ante el Jefe Local de Movimiento Nacional y al otro día por el Jefe Provincial de Administración Local de Sevilla. Estuve a punto de que me echaran de la carrera y años después muerto Franco, tuve ocasión de ver mi expediente en el Ministerio del Interior, donde aparecía como simpatizante del Partido Comunista. Tengo que aclarar que para bien o para mal nunca he

pertenecido a un partido político pues me parecía incompatible con mi trabajo en los Ayuntamientos.

La pérdida de casi toda la despensa en mi casa paterna, originó una etapa de profunda crisis, pues dejaba a tres hermanos y una madre en grave situación. Pero afortunadamente para mí y mi familia, ya estaba trabajando y pudimos, con dificultades, apoyo familiar y de un gran amigo, capear el temporal, aunque tuve que llegar a trabajar en dos Ayuntamientos al mismo tiempo: Mairena del Alcor y Cazalla de la Sierra, ambos de Sevilla. Antes había prestado servicio por poco tiempo en Alcalá de Guadaíra (como interino) y en Almadén. En este último, encontronazo con el Régimen, pues denuncié al Alcalde ante el Gobernador y éste me indicó que cogiera la maleta y me fuera, como así hice. En Mairena pase once estupendos años que no puedo olvidar, donde conservo todavía y cultivo amigos estupendos, como saben algunos socios de esta cooperativa, que los han conocido. También dejé allí a mi hermano pequeño que encontró una maravillosa mujer con la que vive afortunadamente y ha tenido dos hijos y dos nietos. Tercer encontronazo importante esta vez con el cura párroco, que decidió denunciarme como comunista (de nuevo y ante la Guardia Civil), nos echó de la A.C. y de los cursos prematrimoniales, pues al parecer éramos mi esposa y yo demasiado progresistas.

Ya en Madrid, trabajé en los Ayuntamientos de Arganda del Rey, Alcorcón y finalmente en Getafe. Y entre medias, me licencié en Ciencias Políticas en la U. Complutense y trabajé diez años en el Servicio de Administración Local de la Comunidad de Madrid, donde tuve la oportunidad de participar en la formación del PAMAN (Patronato de Áreas de Montaña) y muy especialmente en la Sierra Norte. Quien me iba a decir a mí que acabaría viviendo en Torremocha de Jarama, entonces un pueblín más pequeño aún que el de mi nacimiento.

Mientras preparaba el final de mis estudios de Secretario, tuve el privilegio de encontrar en Salamanca a María Dolores, salmantina como yo, una persona increíble y tan generosa que aún sigue conmigo, a pesar de los malos ratos que le he hecho pasar, sobre todo, viniéndonos a Madrid en lugar de quedarnos en Sevilla, donde estaba mucho más a gusto. Cuando empezamos a salir, juro que me pellizcaba para asegurarme que no era un sueño. Después,

en el camino, junto al Guadalquivir, nacieron Margarita y Rocío en el Hospital Provincial al lado de la Macarena y Patricio en la Cruz Roja de Triana. ¡Eso es pedigrí!

He disfrutado con mi trabajo en aquellos Ayuntamientos, muy especialmente en Mairena, donde conocí el extraordinario arte del canto y baile flamenco y donde me formé como profesional, esposo, padre y sobre todo persona, gracias a mis amigos y al Alcalde de entonces, también nuestro médico. También disfruté una barbaridad cuando trabajé en la Comunidad de Madrid (diez años), ya que pude ocuparme de mi otra vocación profesoral, dedicando mucho tiempo a la organización de cursos para funcionarios locales, editando libros y folletos de divulgación y formación jurídica, heráldica municipal, archivos y formación al inicio de la democracia, de concejales, tanto en España, como en algunos países de América Central y del Sur.

Ahora que ya no tengo objetivos profesionales y puedo mirar hacia atrás con sosiego y serenidad, creo que tuve la oportunidad de ayudar a buscar e iniciar soluciones (desde 1964 a 2003) para nuevas necesidades urbanísticas, culturales, sociales y metodologías que iban surgiendo, muy especialmente durante la estupenda etapa creativa del principio de la Transición con aquella ilusión que ¡ay!, creo que ha desaparecido y esto me deparó una profunda felicidad profesional. La universidades populares, los centros de planificación familiar, la lucha contra la exclusión de personas ex drogadictas, los planes de ayuda a la emigración, la apertura de las oficinas municipales, verdaderos bunkers anteriormente, los intentos de articular la participación ciudadana, la mejora radical de los archivos históricos y de gestión, la introducción de la informática en el trabajo de las Secretarías, etc. Y los inicios de colaboración, con ciudades capitales iberoamericanas a través de una fundación municipal (Unión de Ciudades Capitales Iberoamericanas) creada por Tierno Galván en su etapa de Alcalde de Madrid, gracias a la cual tuve oportunidad de viajar y trabajar en algunas ciudades de América Central y del Sur.

También tengo que reconocer el mérito de tanta gente, de diversas culturas y actitudes políticas que creyeron en mi trabajo y me permitieron actuar con libertad, casi hasta el final de mi tiempo

profesional. Pero sobre todo, me siento profundamente agradecido a todos aquellos que me brindaron su amistad desinteresadamente y con los que he podido formarme tanto profesionalmente como en mi desarrollo como persona. Y en este capítulo no puedo menos de hacer referencia a todo lo que para mí supuso y sigue suponiendo esta comunidad de Trabensol, que me parece un broche perfecto a todo el tiempo andado y la posibilidad de afrontar con mis amigos y amigas un tiempo aun de creación, investigación y desarrollo de nuevos sentimientos y nuevas actitudes desde el corazón. Y aun, de desarrollo espiritual.

No puedo dejar de referirme al privilegio de vivir, desde que tengo conciencia, rodeado y apoyado por el amor: El de mis padres y tíos de niño, de mis amigos en la adolescencia, y sobre todo de mi esposa ya adulto y de mis hijas, hijo y mi querida nuera Patricia, durante tantos años y finalmente de mis guapísimos nietos Martín y Julia y esos especiales nietos del corazón, Juan y Miguel, cuyos padres han sido tan generosos con nosotros.

Entre los objetivos actuales, siempre hay que tenerlos pues si no estás muerto, están el ayudar a realizar la mejor convivencia entre los socios de nuestra cooperativa, mejorar la práctica del Qi Gong, continuar en el camino del Zen, dejarme enseñar a jugar al ajedrez por parte de Ramón y a la petanca según Salva, hacer un viajecillo en parapente y montar un día a caballo. También participar en las inquietudes y dificultades de nuestro pueblo de Torremocha. Y obviamente seguir mejorando en mis relaciones con María Dolores y el resto de la familia.

Torremocha a 24 de septiembre de 2014

José María García Ramos